



HERIDAS CICATRIZADAS

“Recuerda hablar desde la cicatriz, no desde la herida”

La cita la he descubierto leyendo el fragmento de una novela. Me aparece como anónima. Y tengo que reconocer que me encanta. Me entusiasma. Porque me explica muchas de las cosas que me han sucedido a mi y que he observado en otros.

Lo primero que me entusiasma es el reconocimiento de que detrás de una herida queda una cicatriz, y es normal que quede. Y una cicatriz no es piel virgen, es una cicatriz. Porque a veces pretendemos poder sanar una herida sin que queden marcas, y no funciona así. Por tanto, reconocer que sí ha habido herida, y que en el mejor de los casos podremos hablar desde la cicatriz ya me parece una constatación más que interesante.

Yo he hablado muchas veces desde la herida, y claro, las cosas no han ido bien. Y he presenciado muchas veces cómo personas hablaban desde la herida, y ha sido un desastre. Por tanto, hasta que la herida no deja de sangrar, hasta que no cicatriza, no deberíamos hablar. Y cicatrizar es cicatrizar. Una fina costra no es protección suficiente, porque al mínimo roce volverá a sangrar.

Las cicatrices nos recuerdan que hubo dolor, pero como tales no duelen. Y este me parece el punto perfecto desde el que hablar: desde la consciencia de que eso dolió, pero no desde el dolor en vivo.

No es fácil determinar que la herida ya no es herida. A veces nos lo parece, y desde ahí intentamos hablar y pasan cosas desagradables.

Yo sospecho de las pieles maduras sin cicatrices. Porque la vida hierde, y si no no es vida. Pero intento -siempre que me doy cuenta- no ponerme a tiro de quien está herido, porque las heridas provocan agresividad, y porque la persona herida sólo ve sus heridas.

Hablar desde la cicatriz es hablar desde la consciencia serena. Ni desde la ignorancia ni desde la violencia. Yo me miro mis cicatrices, y ahora me gustan más. Porque me ayudan a saber desde dónde tengo que hablar.